

EL MISTERIO RONCALLI

Roberto Rouquette, S. J.

"La admiración delirante que se manifestó en torno a la persona y a la obra de Juan XXIII —decía el P. Roberto Rouquette poco después de la muerte de este gran Pontífice (1) ha sido un fenómeno sociológicamente sorprendente: el hombre de la calle se vió arrastrado a una especie de culto tributado al Papa difunto".

Esta admiración universal continúa hoy manifestándose dentro y fuera del campo católico y justifica el que nos hayamos decidido a presentar a nuestros lectores esta breve y original biografía del que en vida se llamó Angelo Roncalli, escrita con magnífico estilo por quien le conoció y trató lo bastante (especialmente durante su temporada de Nuncio en París) para poder hablar con autoridad del tema. El P. Roberto Rouquette, del grupo de escritores que dirigen la conocida revista "Etudes", es el autor del presente trabajo.



No puede uno darse perfecta cuenta de este fenómeno con sólo evocar la personalidad de Juan XXIII, su simplicidad, su humildad, la convocatoria del Concilio, su apelación a la unidad.

(1) Véase ROUQUETTE, Robert, "Le mystère Roncalli", en "Etudes", Julio-Agosto, 1963, pp. 4 a 18. Los sustitutos son nuestros.

ría, que el hombre ha seguido hacia el progreso. Sólo así se podrá incorporar a la corriente de la historia los valores universales del hombre. Y sólo así se podrá hablar de progreso humano.

Pero, si por la consecución de un derecho humano se conculca otro derecho humano superior, no habrá habido progreso sino retroceso.

¿Qué es lo que la mayoría de los hombres ha sabido de él? Algunas imágenes en la televisión, algunos reportajes sensacionalistas en Match, algunos extractos de su última encíclica publicados por la prensa. Y sin duda la resonancia dada a esta encíclica por los medios de comunicación contemporáneos, formadores de la opinión colectiva, tiene gran relación con el fervor que rodeó los últimos días del Papa. Esta acogida dada a la encíclica por los amos del pensamiento colectivo es el fenómeno capital; pero no basta para explicar la especie de amor que el hombre de la calle ha experimentado por Juan XXIII. Parece más lógico deducir que el Papa ha venido a simbolizar el mito de la paz en este mundo entregado al miedo atroz de la guerra total, de paz gratuita, quiero decir de una paz buscada no en beneficio de una política, de un bloque de intereses, de una ideología revolucionaria, sino como un bien en sí, una exigencia de la naturaleza humana. Esta apoteosis espontánea es reveladora, sobre todo, de una aspiración loca e impotente de la humanidad de hoy, y el mérito —quizá podría decirse el genio— del Papa ha consistido en percibir esta angustia fundamental de los hombres de hoy, expresarla con una absoluta pureza y responder a ella con un absoluto altruismo y con la limpidez única del mensaje evangélico: la voz del cordero entre los lobos.

El mito.

Pero esta creación de un mito no está exenta de peligros. Es preciso mantener nuestra lucidez ante esta inesperada explosión de entusiasmo por un Papa. La tentación sería utilizarla con fines de una apologética fácil. Y ciertamente, el prestigio del Papado pocas veces en la Historia ha sido tan grande entre los hombres exteriores a la Iglesia. No hay más que evocar las páginas de *Memorias de Ultratumba* sobre los Papas que conoció Chateaubriand en Roma, o el aborrecimiento que, fuera de la Iglesia, acompañó la muerte de Pío IX. Y estamos muy lejos hoy de los tiempos en que la polémica protestante veía en el Papa al Anticristo y en la Roma papal la prostituta del Apocalipsis. Pe-

Valgan estas notas, que no pueden ser más extensas por la índole de la revista, para aclarar algunos puntos del artículo comentado. Creo que en ellas la objetividad y la radicación verdadera del derecho en la sociedad —como el hombre mismo— han sido puestas en claro. Y espero que no me tomen por un espadachín a sueldo de una clase plutócrata.

ro es necesario desconfiar de los mitos, ante todo porque obran como espejos que todo lo simplifican y aumentan. Son, además, frágiles. Un entusiasmo, menos profundo, menos universal, menos religioso inclusive, saludó, hace cinco años, la figura de Pío XII, lo que no había ocurrido sin provocar en torno de su persona una suerte de adulación que el humilde Juan XXIII no provocó, ciertamente. Se exaltó a Pío XII como un santo de perfección heroica y un gran genio; y actualmente el juicio sobre él está mucho más matizado. Que nadie se escandalice de nuestra franqueza: hay un grave peligro en soñar una Iglesia de ángeles gobernada por hombres angélicos; el culto mítico de la personalidad no favorece la obediencia, sino todo lo contrario, pues puede llevarnos a rechazar a los superiores humanos, de inteligencia ordinaria y de santidad relativa.

Su personalidad.

Queríamos aquí guardar una lucidez infinitamente respetuosa ante uno de los más grandes Papas de la Historia, pero que ha participado de la condición humana. Queríamos no escribir un panegírico, sino testimoniar simplemente lo que hemos conocido de él.

Juan XXIII fue una personalidad extremadamente rica, múltiple por eso mismo y a veces desconcertante. Digamos sin ambages que me sorprendería si un día Pío XII fuera canonizado, pero no experimentaría sorpresa alguna si Juan XXIII lo fuera. Porque fue un hombre de una humildad heroica y de una simplicidad evangélica, de una vida interior profunda.

Las pocas cartas espirituales publicadas por Leone Algisi son una verdadera revelación.

Es un hijo de campesinos cristianos que no reniega de sus orígenes, que recuerda esos orígenes sin cesar: el 23 de enero de 1927 escribe a sus padres, que celebran sus bodas de oro:

"Encuentro una especial razón de reconocimiento al Señor, no sólo porque os ha conservado bien durante estos cincuenta años, sino también porque toda vuestra familia se ha conservado en ese espíritu de simplicidad, de pobreza llevada como un honor y no como una carga, de temor al Señor; ninguna pretensión hacia el mundo, lo que es a la vez un motivo de tranquilidad y de paz mientras dura la vida aquí abajo y una prenda de la alegría futura y eterna. Yo me regocijo en pensar que vuestros hijos están decididos a no cambiar de vida y educan sus hijos a su vez como vosotros los habéis educado a ellos."

Después de la muerte de su madre, escribe a un amigo, el 6 de marzo de 1939:

"Me agrada teneros por un miembro de mi familia, que es humilde ciertamente, pero que tiene rasgos de tesoro y de gracia que me confunden y que yo admiro. He aquí el último. Mi

pobre mamá me había dicho que no quería morir en mi casa, a pesar de que es confortable (signorile) y provista de todas las comodidades; sino que prefería dormirse en el Señor en la casa campesina de todos los suyos y ser llevada de allí por última vez a la iglesia y al cementerio. Le parecía que eso convenía mejor a su condición de humilde mujer del pueblo. Y sus hijos tomaron todas las medidas para que ocurriera según sus deseos. Ella murió en Camaitilo en medio de los cuidados que le había prodigado su hijo lejano y de todo el amor de sus otros hijos e hijas. Pero la víspera de sus funerales el triste cortejo de sus más íntimos la acompañó durante el Angelus en su vieja mansión, donde sus despojos pasaron la última noche sobre la tierra."

Y en su testamento, que se acaba de publicar, exaltará como un don de Dios la pobreza de su familia, la pobreza que él mismo conoció durante toda su vida.

Estaba desprovisto de toda ambición, tenía horror al espíritu de carrera. En una carta dirigida a un amigo decepcionado sin duda por los fracasos, dice:

"Estamos hechos para el esplendor de la gloria celestial. Si el Señor nos reserva también un poco de honor sobre la tierra, eso no tiene valor alguno y cae rápidamente si no es de Dios: si el Señor, por el contrario, ha dispuesto que el valor de nuestra vida esté enteramente escondido en El, sería ridículo buscar otra cosa. Los ambiciosos son las criaturas más ridículas y más pobres del mundo."

Y desde París, el 31 de marzo de 1948, dice a un nuevo Monseñor, a manera de felicitación:

"Es cierto que, a medida que los años aumentan, estas distinciones personales se decoloran ante la dignidad más alta del servicio que una vida sacerdotal bien llevada hace a la Iglesia del Señor. El *splendor animarum* cede ante el honor *vestium*. Son, sin embargo, cosas que combinan bien; saber recibir las y saber servirse de ellas con simplicidad y con gracia, sin excesivos retorcimientos de humildad y sin: "suficiencia", causa placer a todos y edifica a los colegas y al pueblo cristiano."

Tiene un santo horror por la burocracia de Iglesia. Ingresado en la diplomacia vaticana por obediencia y sin haberlo buscado, sin haber pasado por la tramitación ordinaria, aspira permanentemente a ser pastor. Desde Sofía, el 3 de enero de 1932:

"Has hecho muy bien en no abandonar el ejercicio del ministerio sacerdotal. ¡Oh, cómo te envidio por éso! Espero que el Señor tendrá un día cuenta del sacrificio que he debido imponerme en ese sentido. ¡Oh, qué pobre vida la del obispo o el sacerdote reducido a no ser otra cosa que un diplomático o un burócrata!"

El puesto menos apreciado de Constantino le agrada porque, caso único, el Delegado apostólico tiene allí jurisdicción y hace funciones de obispo. Cuando fue nombrado cardenal, no escondía su temor de vivir en la Curia y se sintió feliz cuando lo designaron para la sede de Venecia, lo que otros hubiesen considerado quizá como una semi-desgracia.

Su espiritualidad, fundada en la aceptación de la voluntad de Dios.

El fundamento de su espiritualidad es la adoración y la aceptación alegre y amante de la voluntad de Dios manifestada por los acontecimientos. Vivir la actualidad de Dios, según el título del bello libro de Roger Schutz.

Desde Sofía escribe el 31 de enero de 1931:

"En esta gran institución en la cual nos llamamos para trabajar, la Iglesia Católica, una ocupación vale tanto como cualquier otra, con tal que esté bajo la mirada del Patrón que todo lo sabe y lleva exacta cuenta de todo. De acuerdo con esto, tengo por una señal de los verdaderos servidores del Señor el que se sientan llamados a hacer una cosa y deban, por el contrario, hacer otra.

Eso es, más o menos, lo que le ocurre a este amigo que te escribe.

¿Es que no habría podido ser yo un buen canónigo titular, ayudar según mi mejor parecer a los jóvenes clérigos del Seminario, enseñar un poco de religión, ejercitar la paciencia con las humildes almas que se contentan con poco? Tal habría podido ser mi vida ésta. Por el contrario, mira lo que debo hacer. Tengo una dignidad que no merezco y un poder de orden que no puedo siquiera ejercer como lo hace un simple sacerdote; raras son las ocasiones de hacer una exhortación espiritual; jamás confieso; estoy todo el día ocupado —actualmente en una bella mansión— sobre mi máquina de escribir o en conversaciones aburridas; en medio de muchas dificultades y espinas; en medio de gentes que pertenecen a Jesucristo y de derecho a la Iglesia Católica, pero que no tienen en modo alguno el sentido de Cristo y menos aún el *sensus ecclesiae*; siempre en contacto con los sedicentes grandes del mundo, pero desolado por la pequeñez de su espíritu en cuanto a lo que es sobrenatural; preparando cuidadosamente acontecimientos de los cuales debía derivarse tanto bien y después espectador de la fragilidad de las esperanzas humanas.

Con todo eso, querido don C., se vive en paz, porque el éxito final pertenece a quien hace verdaderamente *corde magno* la voluntad del Señor y lo toma todo a bien y obedece de buen grado.

Me permito decirte esto porque sé que me comprendes y porque mis pobres palabras pueden servirte de aliento y de alegría."

Y el 7 de mayo de 1934, esta admirable carta a un amigo a quien su obispo había debido cambiar de lugar y que se encontraba por eso aterrado:

"Que si me vuelvo hacia ti y hacia tu alma, mi querido don P., que me agrada ver, particularmente en este momento, *sub specie et in luce aeternitatis*, déjame decirte, con un corazón de hermano, que es ahora más que nunca el caso de cerrar los ojos y las manos, de deshacerte completamente del bagaje de tu yo —incluso si tú sientes, como sentimos todos— y arrojarte sin más en la mar tranquila y segura de la santa voluntad de Dios, donde únicamente encontrarás un poco de paz.

Tú me repites, y yo lo sé desde hace largo tiempo, que tanto Su Excelencia el señor Obispo, como Monseñor C. y el canónigo C. en la curia (episcopal), te aprecian y te tratan bien, aprecian tus buenas cualidades y conocen también tus faltas, y que no puedes desear más a ese respecto. Pero ahí está tu fuerza, mi querido don P., tu gran fuerza, ella debe ser tu consolación. En esta actitud de tus superiores, ¿no has visto los brazos abiertos del Señor que te ama y te llama y te quiere no tuyo, sino suyo en un triunfo de la voluntad divina, un triunfo pleno, absoluto, que será tu descanso y tu alegría hoy y siempre?

Yo diría, pues: no pienses más en otra cosa; en ese Sí y en ese No; en ese me place y en ese me displace. ¿Cómo, a cincuenta años de edad, estamos todavía en la aurora de la vida espiritual? ¿Crees tú que a mí también me place permanecer aquí y tanto tiempo en Bulgaria? Pero estoy de buen grado porque es la voluntad de Dios para mí: fuera de esta voluntad yo estaría mal en todas partes, en tanto que con esta voluntad de Dios experimento una paz envidiable que no cedería por ninguna promoción o por el más grande honor del mundo. Es un signo de que el Señor prefiere que seamos siempre conducidos a hacer una cosa distinta de aquella que hemos creído poder hacer. Tú has querido siempre estar en parroquia. Pero has constatado que toda parroquia ha sido tu Granada, es decir, tu cruz, como se dice en la vida de San Juan de Dios.

Valor, pues, mi querido don P. Has llegado a la ladera descendente de la vida. Si sabes dar bien el salto esta vez, sabrás vivir contento muchos años, contento y también honrado, porque el Señor piensa en nuestro honor, que es precisamente ese bagaje de nuestro pobre yo que arrojamus para correr más libremente hacia el Señor.

Acepta, pues, cualquier proposición que te haga el señor Obispo, no importa cuál sea. No hagas proyectos, sino acepta simplemente lo que la Providencia te ofrece día por día. Piensas en dejar tu parroquia: hazlo de manera casi inadvertida, sin tirar las puertas, sin lanzar

saetas o flechas contra nadie, perdonando a todos y amando todavía más en el Señor a aquellos que te fueron causa de amargura."

Su paz.

Esta espiritualidad, la más auténticamente católica, le da una paz inalterable que, convertido en Papa, no cesará de manifestar. Su divisa episcopal, que él comentará frecuentemente, tomada de Baronio, lo expresa por entero: **Obedientia et pax.**

Juan XXIII mantiene esta paz en el curso de una carrera difícil. Durante largos años las humillaciones y los fracasos parecen acumularse sobre su cabeza. Al principio de su sacerdocio es secretario del gran obispo de Bérgamo, Radini Teschini (1904-1914), de quien escribirá la biografía y por quien mantendrá hasta el fin una admiración ilimitada. Radini Teschini era sospechoso a Pío X por sus ideas sociales y políticas y porque se oponía al absentismo político prescrito por el Papado en protesta contra la expoliación de los Estados pontificios. Humilde profesor de Historia, Angelo Roncalli, tan tradicional, es arrastrado por los remolinos de la crisis modernista; su mejor amigo ha sido separado de la enseñanza y él mismo está más o menos sujeto a sospecha.

Pasada esta crisis, en 1924, es enviado como Visitador y después como Delegado apostólico a Bulgaria. Encuentra allí dificultades inextricables: él negocia el matrimonio católico del rey Boris con una princesa italiana (1930), pero el rey, infiel a los compromisos solemnes contraídos, hace celebrar de nuevo su matrimonio según el rito ortodoxo y bautiza a los príncipes reales en la Iglesia ortodoxa (1933). Esto motiva que Roncalli sea enviado, en una situación de desgracia apenas disimulada, a Constantinopla, considerada como el último puesto de la diplomacia pontificia. Allí tampoco faltan las humillaciones: el gobierno turco le es hostil y lo ignora, el hábito eclesiástico e inclusive el uso del cuello romano están prohibidos; en Grecia, que está en su delegación, no es reconocido, no puede ir allí más que en calidad de turista, ya que los ortodoxos mantienen una hostilidad violenta hacia todo lo que es latino; en fin, para complicar su situación, durante la guerra, la Italia fascista invade Grecia.

Para su sorpresa, en 1944, pasa del último puesto de la diplomacia pontificia a una de las más importantes nunciaturas, la de París. No hay más que una explicación para esta promoción sensacional que Pío XII ha impuesto personalmente. Pío XII se sentía justamente herido por la falta de cortesía con que el gobierno de Charles de Gaulle había exigido la retirada del nuncio acreditado ante el gobierno de Vichy, Mons. Valerio Valeri, que no merecía esa

afrenta. Pío XII, en represalia, envió a París al campesino del Danubio de su diplomacia, por quien no sentía simpatía alguna.

También allí las dificultades son grandes. Georges Bidault quería obtener la deposición por la Santa Sede de la mitad del episcopado francés, al cual creía demasiado comprometido con el gobierno de Vichy. Francia entera está en una especie de efervescencia y animada de un espíritu de búsqueda independiente que no le agrada al autoritarismo de Pío XII: no es un secreto que Pío XII se sintió disgustado por la admirable carta del cardenal Suhard, **Ascenso o declinación de la Iglesia**; él no admitía que nadie, salvo el Pontífice romano, pudiese formular un juicio sobre el estado del catolicismo.

Su hábil diplomacia.

Indudablemente, Roncalli dio pruebas de su gran habilidad de campesino. Dos trazos bastan para iluminar esta afirmación. Salido de Ankara el 27 de diciembre de 1943 a bordo de un avión militar francés, después de una corta escala en Roma, el nuncio llegó a París el 30 víspera de la tradicional felicitación oficial al Presidente de la República. Y, en ausencia del nuncio, correspondía al embajador soviético, mayor en edad, pronunciar el discurso de ritual en nombre del Cuerpo diplomático; y su discurso estaba ya preparado. Para impedir que lo pronunciase, el gobierno francés había forzado la llegada del nuncio la víspera misma del último día del año. El general Vanier, antiguo embajador del Canadá en París, ha revelado recientemente cómo el nuncio supo salir de esta situación embarazosa sin herir a su colega ruso: en cuanto llegó a París se dirigió a la embajada soviética y se declaró dispuesto a leer pura y simplemente en el Palacio del Eliseo el discurso que el ruso había preparado. Me gustaría saber si el diplomático soviético aceptó.

Utilizó una habilidad similar en la cuestión de los obispos: en lugar de las cuarenta mitras exigidas, sólo dos cayeron. Se contentó con llevar las cosas lentamente, afirmando que el negocio era importante; era preciso que fuera estudiado, expediente por expediente, por el Papa en persona. De ese modo obtuvo que las pasiones se aquietaran.

Sin embargo, por qué ocultarlo, no fue universalmente querido, ni siquiera respetado en París, y era demasiado perspicaz para no comprenderlo. Tuvo buenas relaciones con los políticos, sobre todo con los hombres de izquierda. Su amistad con el Presidente Auriol es bien conocida. Pero su bonhomía natural, su manía de las agudezas familiares (se podría hacer una recopilación de ellas) no imponían respeto. El mismo me contó un día cómo, después de haber arreglado amigablemente un enojoso problema de impuestos en el cual estaban mezclados algunos eclesiásticos, la mujer de un presi-

dente del Consejo tuvo la impudicia y la tontería, al día siguiente mismo, de pedirle que obtuviese la anulación del matrimonio de su hija divorciada que quería casarse con otro divorciado.

Juan XXIII permaneció recientemente ante los movimientos de adaptación pastoral y de renovación intelectual que caracterizaban la Francia católica posterior a la liberación. Estaba poco preparado para comprender ese movimiento. Fue él quien un día me contó la expresión que recorrió todo París: "Este Teilhard... ¿no podría, pues, contentarse con enseñar el catecismo y la doctrina social de la Iglesia, en lugar de promover todos estos problemas?" Y como yo le respondí que no era necesario crear un segundo Galileo, fue la única vez que le vi disgustarse. Otra vez me hizo venir para reprenderme porque yo había felicitado al clero de Valence, que acababa de suprimir la pompa en los entierros. Por otra parte debo decir que, cuando le argumenté, reconoció que no había reflexionado sobre la cuestión. Sus discursos públicos no eran siempre afortunados: unas veces, cuando lo iban a ver, hablaba todo el tiempo de naderías, o mostraba libros de imágenes de Bérgamo, su patria bienamada, o sus ediciones sobre San Carlos Borromeo, para evitar que le plantearan cuestiones serias; otras veces, en sus discursos, hablaba abundantemente sobre cuestiones intrascendentes para evitar una toma de posición. El resultado fue que frecuentemente el auditorio manifestaba su alegría con una falta de respeto que confinaba con el alboroto. Así ocurrió con ocasión del almuerzo que siguió a la consagración de Mons. Chappulie. En el Congreso de la Unión de las obras de Nancy, que trataban de cuestiones delicadas sobre Pastoral, en el admirable palacio de la plaza Stanislas, nos habló largamente de una peregrinación que acababa de hacer por los lugares en que había vivido San Benito Labre, para estupefacción de unos mil sacerdotes presentes. Uno de ellos, junto a mí, preguntaba: "¿Es eso un nuncio?" Del mismo modo, en el curso de una gran ceremonia, en Reims, habló sobre todo de vino y de toneles en medio de las risas del auditorio.

Su espíritu abierto.

Confesémoslo: cuando él estaba en París creíamos que se inclinaba al integrismo. El cardenal Suhard lo temía; salía sombrío e inquieto de sus entrevistas con el nuncio y es muy probable que Monseñor Roncalli tuviese algo que ver con el fracaso de los curas-obreros y con la sospecha que cayó sobre la Misión de Francia. Recibía mucho a las personalidades integristas, quizá sólo porque los otros iban menos a verlo; pero probablemente les mostró también las imágenes de Bérgamo. Una indis-

creción de un banquero mostró que subsidiaba una pequeña revista integrista, subsidio que su sucesor no continuó.

No comprendimos nada entonces. Los hechos posteriores demostraron que no era integrista. Pero, por una parte, obedecía a las directrices del Vaticano; temía a Pío XII, que le vigilaba de cerca y llegaba hasta prohibirle formalmente pasear a pie por las calles. Y, sobre todo, en su sabiduría campesina, realizaba una política de equilibrio de la cual nosotros no veíamos, sin duda, más que un lado. Esta política nos la definió un día, en *Etudes*, después de una comida, mientras fumaba un buen cigarro: "Eh! Como dicen ustedes, en francés: media vuelta a la izquierda".

Y mientras nos parecía a nosotros que la media vuelta era más frecuente a la derecha que a la izquierda, quizá habríamos debido adivinar que bajo el conformismo exterior que exhibía el nuncio, ardía una libertad de pensamiento reprimida y que esperaba el momento en que pudiese manifestarse. De ese modo al principio de su nunciatura, de visita por los castillos de Loira, se detuvo en una gran ciudad del oeste, donde, para ocupar su mañana, se le condujo a una sesión de sacerdotes dirigida por el padre Desqueyrat. Roncalli tomó la palabra, habló veinticinco minutos y se sorprendió de que en Francia hubiese dos enseñanzas primarias, una libre y otra gubernamental, en tanto que Italia iba perfectamente bien sólo con las escuelas del Estado. El ignoraba que en Italia, como en Alsacia, esa enseñanza pública es confesional. Como quiera que sea, esta declaración, en pleno corazón de una de las ciudades de la enseñanza cristiana, constituyó un verdadero escándalo. Un prelado presente se atrevió a protestar en público y diez años después aún no había sido olvidada esta "salida" del nuncio. Por otra parte, en diferentes circunstancias, Roncalli hizo también la apología de la escuela cristiana. Otra vez, de partida para Italia, fui a saludarle: según su costumbre había mantenido una conversación intrascendente, pero, mientras pedía su autorización para retirarme, en las escaleras de la nunciatura, en el momento en que besaba su anillo, me dijo: "Dígame en Roma que allí se presume que en Francia la teología de la Redención ha sido abandonada por la teología de la Encarnación; dígame que eso no es cierto". No supe qué decirle y partí, sorprendido de esta alusión simpática y clara hacia el *teilhardismo*. Durante otra visita me leyó, durante una media hora, con evidente delectación, en italiano (para hacerme admirar el idioma decía él) un capítulo entero de las *Cartas del Papa Celestino VI a los hombres*, de Papini, que constituyen una jugosa crítica del catolicismo contemporáneo.

Estos índices reveladores de una posible apertura no los comprendimos hasta muy tarde,

a la luz del Pontificado. Nadie en Francia esperaba la elección del cardenal Roncalli. Ignorábamos cómo le querían en Venecia y con qué inteligencia había puesto allí por obra su celo pastoral. Las anécdotas según las cuales algún cardenal francés, antes de partir para el cónclave, había declarado: "Hay algo enteramente legendario; yo mismo he recogido testimonios incontestables. Uno de nuestros grandes obispos, muerto demasiado joven, destacado por su carácter e inteligencia, lloró al conocer la elección del cónclave de 1958".

Y este Papa que nosotros hemos ignorado como nuncio, y del cual lo menos que se puede decir es que no esperábamos nada de su reinado, ha dado a la Iglesia un impulso imprevisto. Según el juego de palabras casi intraducible de Karl Rahner: *Der Uebergangspapst Joannes XXIII, vollzog den Uebergang der Kirche in die Zukunft*: el Papa de transición Juan XXIII ha realizado la transición de la Iglesia hacia el porvenir...

El impulso dado a la Iglesia.

Ante todo, Juan XXIII rompió la tendencia mítica del Papado. Pero esto se ha dicho ya bastante y no insistiré. No porque haya cambiado verdaderamente gran cosa en las instituciones: se hizo coronar y es preciso esperar que algún día los Papas puedan modificar la ceremonia de su coronación y hagan desaparecer ciertos aspectos profanos que evocan la idea arcaica de una dominación temporal. Tampoco disolvió la guardia noble ni el ejército de juguete, inocente pero bastante para escandalizar a los protestantes; y confesemos que es molesto ver a la guardia palatina portar en San Pedro unos fusiles que, aunque perfectamente inofensivos, son el símbolo de las pasiones fratricidas de los hombres. Juan XXIII siguió haciendo el papel de un principillo del siglo XVI, que no da la dimensión del poder espiritual del Papado de estos tiempos. Pero, de un modo simple, merced a su bonhomía, su simplicidad, su humildad transparente, Roncalli humanizó el Papado, descendió de un pedestal en cierto modo idolátrico sin dañar con ello (más bien todo lo contrario) su prestigio espiritual ni el respeto que le era debido. Es sorprendente comprobar que Juan XXIII, Papa, ha estado rodeado de una veneración afectuosa que nosotros no habíamos sabido tener hacia él en París cuando era nuncio.

El "aggiornamento".

Pero esto no es lo esencial. Lo que califica su pontificado es el Concilio y el doble impulso que le dio: la Unidad y el *aggiornamento*.

¿Por qué un Concilio? El mismo dijo varias veces que lo convocó siguiendo un impulso repentino. Tales impulsos suponen generalmente

una preparación psicológica inconsciente; parece que fueron los estudios históricos que realizó sobre la obra reformadora de San Carlos Borromeo los que persuadieron a Juan XXIII de la importancia de los sínodos en la Iglesia. Hombre humilde y apostólico, no buscaba ante todo el prestigio del Papado o el mantenimiento de la centralización todopoderosa de las oficinas vaticanas, sino el bien superior de la Iglesia universal. ¿Se dio cuenta de la fuerza que desencadenaba, del viraje que imprimía a la historia de la Iglesia? No es seguro. ¿Quién, entre nosotros, preveía la fuerza con que los obispos iban a tomar conciencia de su misión universal, el deseo que iban a manifestar de participar efectivamente en el gobierno de la Iglesia, sin lastimar en nada, por otra parte, las prerrogativas del Pontífice supremo? Mas esta conciencia nueva, aunque ella fuese una revelación para el propio Juan XXIII, no le disgustó, sino que vio en ella una intervención del Espíritu Santo que conduce la Iglesia. De ahí que no sintiera desagrado en poner la Curia frente a la fuerza que representa el Cuerpo Episcopal.

La meta de la unidad.

En cuanto a la unidad, es también un largo proceso de pensamiento quien lo ha llevado a hacer de ella una de las metas del Concilio. Durante su permanencia en Europa oriental Roncalli había descubierto la fe, la piedad, el carácter tradicional de las iglesias ortodoxas. Conocía mucho menos el mundo protestante. Pero, todavía aquí, ¿se dio cuenta enteramente de las dificultades? Es posible dudarlo. Las primeras declaraciones sobre los objetivos del Concilio parecían conducir a un esfuerzo de reunión de la cristiandad. Pero bien pronto fue necesario explicar que se trataba de un Concilio de unidad y no de una reunión institucional. Sin embargo, en el espíritu del Papa, las exigencias del Espíritu Santo, los deseos de Cristo, el escándalo de la desunión de los cristianos eran más fuertes que los argumentos de los hombres. Una frase incisiva, muy de su estilo, dicha a un observador anglicano durante el Concilio, es muy característica: "Son los teólogos quienes nos han metido en estas dificultades; corresponde a los cristianos ordinarios, como usted y yo, salir de ellas..." (*Church Times*, 7 de junio de 1963). Peligrosa simplificación de la cual el Papa tenía conciencia, comenta el diario anglicano; exabrupto que no es necesario tomar al pie de la letra. Pero que traduce una voluntad de no dejarse detener por las dificultades humanamente insuperables, una fe en el poder de Dios. Animado por esta fe, en pocos meses Juan XXIII, y con él otro hombre de Dios mejor armado teológicamente, el Cardenal Bea, cambiaron el clima de las relaciones entre las Iglesias no romanas y el Catolicismo.

Las dificultades insuperables permanecen, pero se las aborda según el espíritu de hermanos que se quieren, no para envanecerse de ellas, sino para lamentarlas. Puede decirse, sin ingenuidad excesiva, que tal cambio, tan rápido y tan profundo, participa del milagro.

Es más difícil discernir cómo el Papa fue llevado a desear y promover un **aggiornamento** pastoral que su actitud en París no permitía prever. También es difícil determinar en qué consistía para él este **aggiornamento**. Con toda seguridad él había sentido profundamente la necesidad de una reforma de la Iglesia, al igual que el Cardenal Suhard, a quien no había ayudado en absoluto; deseaba un nuevo estilo menos burocrático, menos majestuoso y prestigioso, menos político también; en su discurso del 11 de octubre, en la apertura del Concilio, indicó dos dimensiones de este **aggiornamento**: de una parte, deseaba que la Iglesia abandonase la actitud de defensa negativa que había tomado desde la Reforma y, sobre todo, desde la aparición de un peligroso pensamiento anticristiano y antirreligioso a fines del siglo XVII; de otra parte, deseaba que la Iglesia hablara con un lenguaje accesible a los hombres de hoy y, en una frase que asustó a los traductores latinos, preconizaba una formulación nueva del antiguo e inmutable mensaje del catolicismo. Pero ¿cuál debía ser esta actitud positiva de la que se sentía necesidad, ese lenguaje nuevo y antiguo a la vez? El Papa apenas lo precisaba. Roncalli no vislumbraba una teología "nueva"; tenía mucha simpatía personal por el movimiento bíblico, que lo asustaba un poco y del cual temía que escandalizara a los simples, pero, sin alentarlo, conforme a su espíritu de libertad, no deseaba que se lo detuviese; era bastante extraño a las preocupaciones del movimiento de adaptación litúrgica; las prescripciones del sínodo de Roma sobre esta cuestión siguen siendo letra muerta y las ceremonias de San Pedro son aún grandes pompas solemnes espectaculares a las cuales el pueblo, inclusive el pueblo de los obispos, asiste pasivamente; él comprendía perfectamente que los hombres de hoy no son capaces de apasionarse por los relatos de la Escritura y de la Tradición como los griegos del siglo IV se apasionaban por el **homousios** o el **homolousios**, y consideraba que estas cuestiones, pendientes desde hace cuatro siglos, podían perfectamente aguardar un siglo más: él quería, más sencillamente, que la Iglesia actual llevara la luz del Evangelio a los problemas concretos que angustian a la humanidad. Dio personalmente un ejemplo de lo que entendía en sus encíclicas sobre la cuestión social y la paz que, en un lenguaje directo y simple, positivo, trazan los grandes rasgos de una antropología cristiana; sentía la necesidad apremiante de este **aggiornamento**, pero no definía a priori sus formas y sus modalidades.

Su humildad.

Esta actitud corresponde a su humildad profunda. El discernía la necesidad de una reforma, pero no quería determinar personalmente los límites y los detalles de esa reforma. En sus conversaciones familiares decía frecuentemente que no tenía una competencia universal. He ahí por qué, decía, no había querido presidir por sí mismo la asamblea conciliar. Confiaba en el cuerpo episcopal para fijar los principios de una reforma flexible, que tuviese en cuenta el conjunto de las situaciones de la Iglesia universal y capaces de adaptarse a situaciones diversas. Dejó también, escrupulosamente, una entera libertad a la asamblea. El Papa no intervino en la preparación del Concilio. Dejó presentar esquemas que en nada correspondían al espíritu del discurso del 11 de octubre. Uno de sus íntimos le encontró un día con una regla graduada en las manos. "Vea —le dijo—, en este esquema hay treinta centímetros de condenaciones." Roncalli estimaba que el Concilio era capaz de juzgar por sí mismo sobre la oportunidad de los proyectos que habían sido presentados. Y durante el Concilio no intervino más que como árbitro supremo para asegurar la independencia de los padres.

Su equilibrio.

Sin embargo, permaneció fiel hasta el final a su política de equilibrio, que respondía a un rasgo profundo de su espiritualidad. Sus medias vueltas a la derecha y a la izquierda sorprendían a quienes no habían captado su razón profunda. ¡Cuántas veces, durante el Concilio, obispos de diversas naciones me confesaron que estaban desconcertados por determinadas decisiones del Papa! Fue él quien llevó al cardenalato a algunos de sus más conocidos adversarios, y los mantenía en sus posiciones. El, tan preocupado por hacer de toda dignidad de la Iglesia, comenzando por la suya, que era la más alta, un servicio, derogó una medida feliz de Pío XII, quien había decidido no elevar a los nuncios y los delegados apostólicos al episcopado, para no hacer de la consagración episcopal una forma de condecoración honorífica. Un poco antes del Concilio, él, que dominaba mal el latín, publicó con una solemnidad excepcional la Constitución **Veterum Sapientia**, que levantó tantas protestas; y casi inmediatamente, en conversaciones particulares, declaró que no le concedía tanta importancia. En tanto que el reglamento del Concilio, establecido bajo su autoridad, preveía que ocho de los veinticuatro comisarios de cada comisión serían designados por el Papa, elevó el número de éstos a nueve sin dar explicaciones; y sus designaciones recayeron mayoritariamente sobre italianos y sobre hombres que eran opuestos al espíritu de la mayoría. Sin duda alguna dejó a

los presidentes de las comisiones, todos cardenales de la Curia, seleccionar los comisarios pontificios. En fin, deja en pos de sí un Sacro Colegio cuya composición no reproduce la correlación de tendencias del Concilio.

En todo esto ha querido imponer una especie de freno de seguridad y de lentitud a las reformas que él mismo había lanzado. Es, una vez más y siempre, su humildad la que explica probablemente estas medidas desconcertantes. No quería pesar demasiado; quizás este hombre tradicional y que no era audaz por temperamento, estaba un poco asustado de su propia osadía y temía que tomara proporciones excesivamente grandes. Su bondad explica también en parte estas medias vueltas: no quería causar pena a nadie, especialmente a aquellos que se le oponían. Jamás era hiriente. Este campesino malicioso no era maquiavélico: no tenía el espíritu de *combinazione*, no utilizaba intrigas en un medio que, como todas las cortes alrededor de un monarca absoluto, hormiguea de intrigas. No trataba de engañar a la gente, no era desleal; trataba, simplemente, de contemporizar: habría podido llamársele *Joannes Cunctator*. "Hay que darle tiempo al tiempo", decía frecuentemente él, que a los 84 años iniciaba una gran aventura. Dejaba hablar tanto a sus consejeros como a sus adversarios: de uno de sus inmediatos colaboradores, a quien amaba con un corazón paternal y de quien apreciaba la inteligencia, decía con una sonrisa: "Tiene muchas ideas, pero a veces me pregunto si es él o si soy yo el Papa; yo lo dejo hablar..."

Así era este hombre simple y complejo a la vez, tradicional de temperamento y audaz innovador, como si dijéramos, a pesar suyo. Lo hemos dicho al comenzar. En vida su figura se hizo legendaria y, después de su muerte, se ha creado un mito que hemos intentado explicar.

Pero, a pesar de todo, el mito no es mentiroso, traduce la verdad en imágenes de Epinal, con colores crudos y fuertes y sin medias tintas. Retengamos que Juan XXIII era un hombre de Dios, humilde, bueno, simple, pobre, únicamente deseoso de servir a Cristo, a la Iglesia y a los hombres. El encontró espontáneamente, sin haberlo buscado, bajo la pompa barroca del Vaticano, el camino del corazón de los hombres de

hoy. Su muerte causó dolor en todo el universo y una veneración extraordinaria. Para medir esa veneración bastará con citar aquí las líneas que le consagró el diario anglicano *Church Times* al día siguiente de su muerte:

"Las banderas a media asta, el martes, eran signo de algo más profundo que un duelo convencional con ocasión de la muerte de un Jefe de Estado soberano amigo. La muerte de Angelo Giuseppe Roncalli, Papa Juan XXIII de Roma, ha sido motivo de un dolor auténtico muy por encima de las fronteras mismas de la comunión mundial que él presidía con tanto acierto. Su edad avanzada significa ciertamente que no hay aquí lugar para las lágrimas, sino más bien para una profunda gratitud por una acción sin paralelo en la larga historia del Papado. Lo único lamentable es que este hombre bueno y amado no haya podido ver el pleno cumplimiento de su obra incomparable, no sólo para Roma, sino también para toda la Cristiandad.

La historia retendrá ciertamente el breve reinado del Papa Juan (él aceptó bravamente su cargo a una edad en la cual la mayoría de los hombres se han retirado hace largo tiempo) por su contribución al crecimiento de la caridad entre los hermanos cristianos separados. Hay que acreditarle otras grandes obras. Ha mostrado al mundo que un Soberano Pontífice puede interesarse, de manera cálida y personal, por los hombres ordinarios y por sus sufrimientos. A él se debe, al fin de su vida, una destacable tentativa para atravesar las barreras que han separado la Iglesia romana del mundo comunista. Pero su obra suprema, en medio del gran Concilio que reunió y gracias a su acogida a los dirigentes cristianos de otras Iglesias que iban a visitarlo, fue el estímulo sincero y lleno de amor hacia los esfuerzos hechos para superar las divisiones seculares del Cuerpo de Cristo.

Todo el pueblo cristiano tiene que estar reconocido hacia este verdadero y fiel Servidor de los servidores de Dios. Millones innumerables de hombres, esta semana, unen sus plegarias a las de sus hermanos católicos romanos para que el Papa Juan, hombre de Dios que era un hombre del pueblo, pueda reposar en la Paz de Cristo, su Señor y el de ellos."

EL PAPA PAULO VI ALABA A JUAN XXIII

"Nos preside el recuerdo de ese Papa a quien se ha llamado el Papa de la bondad, el Papa de la mansedumbre, el Papa del espíritu pastoral de la Iglesia". "Se mostró especialmente paternal para conmigo y su afabilidad, su exquisita cordialidad, hacen que hoy Nos procuremos acercarnos a él por la oración, por su memoria, y por la resolución de caminar siguiendo sus pasos y recoger así el precioso legado de su magnífica obra."